

**«UN ASUNTO DE CHANTAJE»
LA FAMILIA DE ATANAGILDO ENTRE METZ,
TOLEDO Y CONSTANTINOPLA**

Margarita Vallejo Girvés
Universidad de Alcalá

I. LOS ANTECEDENTES

Apenas es posible encontrar algún período en la doblemente secular historia del Reino Visigodo en el que las relaciones entre éste y sus vecinos del Norte, los reinos merovingios, hayan discurrido del amor al odio y de éste nuevamente a la tolerancia con tanta rapidez como en los últimos decenios del siglo VI. En los años en los que los reinos francos estaban divididos entre los descendientes del rey Clotario I y en los que en el Reino Visigodo concluye la etapa de gobierno de Atanagildo y se da paso a la «dinastía leovigildiana», la política externa e interna de cada uno de ellos no puede ser de ninguna forma comprendida sin tener en cuenta la del resto de los protagonistas. Pero es más, no sólo debemos presentar en este cuadro al Reino Visigodo y a los Reinos de Neustria, Austrasia y Burgundia [Borgoña], sino también a los vecinos inmediatos de todos ellos: bizantinos y lombardos, cuya participación en el tema no es asunto menor. Es por lo tanto una época de clara interconexión entre todos los ámbitos de la Europa Occidental.

Dentro de este amplio marco cronológico vamos a centrar nuestro análisis

en un muy breve período de tiempo, entre 579-588, pero tan repleto de documentación como de incertidumbres, puesto que ni la magna obra de Gregorio de Tours, ni la *Chronica* de Juan de Biclario, ni las *Epistolae Austrasiacae* con el apoyo de la *Historia Longobardorum* de Pablo Diácono y de la *Chronica* del denostado Fredegario han sido suficientes para comprender adecuadamente la secuencia de los acontecimientos ni el por qué del complejo comportamiento de sus protagonistas. Hartmman, Gasquet, Kurth, Reverdy, Goubert y otros muchos en tiempos más cercanos a nosotros se han ocupado del tema sin dejarlo definitivamente resuelto¹. Sin aspirar a lograrlo, nuestro análisis pretende ser una nueva aportación a un tema tan debatido, si bien en esta ocasión queremos incidir en un hecho que consideramos que ha sido minusvalorado: la instrumentalización que del protagonista pasivo de nuestra historia, un niño llamado Atanagildo, príncipe real visigodo y merovingio, pretendieron hacer no sólo el Imperio Bizantino —ello es evidente— sino las poderosas mujeres de la familia del rey visigodo Atanagildo, Goswinta en el terreno visigodo, y Brunequilda, su hija, en el franco; como es sobradamente conocido, ambas apenas abandonaron el primer plano político de la Europa Occidental en ese decenio del último tercio del siglo VI². Pensamos que quedará claramente de manifiesto cómo Brunequilda ansiaba tener en su poder a «ese elemento de chantaje» que era el pequeño Atanagildo para utilizarlo también en beneficio de sus propios intereses políticos hispanos; vamos a indicar los principales datos que contextualizan estos acontecimientos para poder iniciar este estudio.

A pesar de su expulsión de Galia por los francos, la monarquía visigoda, que tenía asentados sus reales en la Península Ibérica desde principios del siglo VI, había sabido conservar un amplio y estratégico territorio allende los

¹ Vid. *infra*.

² Sobre la figura histórica de Brunequilda es aún válido G. Kurth, «La Reine Brunehaut», *Etudes Franques* I, París-Bruselas 1919, 265-356, aunque nos parece excesivamente elogioso; más objetivos, M. Rouche, «Brunehaut, romaine ou wisigothe?», *Ant&Cris*. III. *Los Visigodos*, Murcia 1986, 103-115; J. L. Nelson, «Queens as Jezabels: Brunhild and Balthild in Merovingian History», *Politics and Ritual in Early Medieval Europe*, Londres 1986, 4-25, Ead. «À propos des femmes royales dans les rapports entre le monde wisigothique et le monde franc à l'époque de Reccared», *XIV Centenario del III Concilio de Toledo (589-1989)*, Toledo 1989 (1991), 465-474. El de J. Orlandis, «Una reina visigoda: Goswintha», *Semblanzas visigodas*, Madrid 1992, 17-34, es el único estudio que conocemos dedicado exclusivamente a esta reina visigoda.

Pirineos conocido por *Septimania*; los intentos francos por conquistar este territorio galo no impidieron sin embargo que la monarquía visigoda trabara vínculos matrimoniales con los diversos reinos francos surgidos tras la muerte de Clotario I³, ya que dos hijas del visigodo Atanagildo, Brunequilda y Gailswintha, se convirtieron en virtud de sus matrimonios en reinas de Austrasia y Neustria respectivamente⁴.

Fueron sin duda la franca pero siempre visigoda Brunequilda y la por aquellos momentos poderosa Goswinta, primero viuda de Atanagildo y ahora esposa de Leovigildo, las que consideraron apropiado c. 579 una nueva unión entre Metz y Toledo pues se acordó el matrimonio de Ingunda, hija de Brunequilda y Sigiberto de Austrasia, con Hermenegildo, hijo del rey visigodo Leovigildo y hermanastro e hijastro de Brunequilda y Goswinta respectivamente en virtud del matrimonio de esta última con Leovigildo⁵. La inicial aquiescencia de Leovigildo a esta unión se explicaría por el deseo de éste de evitar nada descartables intentos francos de atacar territorios visigodos; gozaría así de una tranquilidad, al menos relativa, que le permitiría centrarse en su objetivo de conquistar el Reino Suevo y expulsar a los bizantinos de territorio hispano⁶. Para Goswinta ese matrimonio supondría la posibilidad de que la estirpe de

³ Entre las más recientes síntesis para comprender el proceso de fragmentación territorial de la Galia de fines del siglo VI pueden consultarse P. J. Geary, *Before France and Germany. The Creation and Transformation of the Merovingian World*, Oxford 1988, 119-123; E. James, *The Franks*, Oxford 1991, 169-182, e I. Wood, *The Merovingian Kingdoms. 450-751*, Londres 1993, 55-63.

⁴ Greg. de Tours, *Hist.* IV, 27-28; Ven. Fort., *Carm.* VI, 1 y 5; Pablo Diácono, *HL* II, 10. Vid. I. Wood, *The Merovingian Kingdoms*, 121-122 y 170-171, quien señala la importancia diplomática de estas uniones para ambas vertientes de los Pirineos.

⁵ Juan de Biclario, *Chron.* ad a. 579. 2; Greg. de Tours, *Hist.* IV, 38; Fredeg., *Chron.* III, 82; Pablo Diácono, *HL* III, 21. Ven. Fort., *Carm.* VI, 5 (sobre Gailswintha), fechado c. 579, puede ser puesto en relación con ese nuevo matrimonio (y nueva unión política) entre Austrasia y el Reino Visigodo, tal como ha señalado M. Rouche, «Autocensure et diplomatie chez Fortunat. À propos de l'Elegie sur Galeswinthe», *Venanzio Fortunato tra Italia e Francia* [Atti del convegno internazionale di studi], Treviso 1990 (1993), 154-158.

⁶ Vid. mi *Bizancio y la España Tardoantigua. s. V-VIII. Un capítulo de historia mediterránea*, Alcalá de Henares 1993, 169-172, y *Ead.*, «The Treaties between Justinian and Athanagild and the Legality of Byzantium's Peninsular Holdings», *Byzantion* LXVI, 1996, I, 208-218.

Atanagildo continuara presente y activa en la política visigoda; sin duda esperaba que todos aquellos nobles visigodos –e hispanorromanos– que favorecieron la permanencia del rey Atanagildo en el trono y que aceptaron a Leovigildo no antes de su matrimonio con la viuda de éste⁷, contribuirían a que el acceso de su nieta Ingunda al trono visigodo, como consorte del futuro rey Hermenegildo, fuera tranquilo y sin sobresaltos. Las mismas razones y la esperanza de contar con el apoyo visigodo en las rápidas aguas de la política franca, donde Brunequilda ya viuda estaba navegando no sin dificultades, debieron también animar a ésta a fomentar tal unión⁸.

Sobre la aceptación del matrimonio por parte de Brunequilda –y seguramente de su madre– queremos reflexionar sobre un hecho que redundaba en el por qué de la conveniencia de este matrimonio para ambas: en las monarquías merovingias no existía discusión alguna sobre la heredabilidad de la monarquía –frente a la elección visigoda⁹– y gracias a esta costumbre franca Brunequilda vio como su hijo Childeberto era elevado al trono tras la muerte de Sigiberto, su padre¹⁰; con ello en Metz no sólo se perpetuaba la estirpe de Clodoveo sino también la de Atanagildo mientras que en la corte visigoda, en la que éste había ejercido el poder efectivo, la presencia de su familia estaba condenada a desaparecer, de hecho prácticamente ya era una realidad debido a su falta de descendencia masculina. Es por ello por lo que pensamos que en la mente de las mujeres de la familia de Atanagildo, pero especialmente de Brunequilda, influida y beneficiada su descendencia por esa costumbre franca, se buscaría con tal matrimonio entre Hermenegildo e Ingunda lograr, no sólo la continuidad inmediata de la familia de Atanagildo en el trono visigodo, sino la futura con los posibles descendientes de esa unión entre una nieta de Atanagildo y el hijo mayor de Leovigildo.

⁷ L. A. García Moreno, «Gothic Survivals in the Visigothic Kingdoms of Toulouse and Toledo», *Francia* 21/1, 1994, 10 y 60.

⁸ Vid. C. Urso, «Brunechilde, *Prudens consilio et Blanda colloquio*», *QCSCM* 15, 1986, 88-101.

⁹ J. L. Nelson, «Queens as Jezebels...», 8, evidencia la normalidad que el proceso de sucesión filial tenía en los reinos merovingios. Sobre la «tendencia hereditaria» del mundo germano, vid. el breve pero importante comentario de L. A. García Moreno, «Genealogía y linajes góticos en los Reinos Visigodo de Tolosa y Toledo», *Genealogica and Heraldica*, Uppsala 1992 (Estocolmo 1996), 57-74; comentario que está en expresa relación con la familia de Atanagildo.

¹⁰ Aunque la transición se realizó no sin dificultades.

El deseo de Brunequilda de que su hija reinara, a través del matrimonio, en el Reino Visigodo se hace evidente en el breve poema que Venancio Fortunato dedica a esa reina viuda de Austrasia; en esa composición, las monarquías efectivas de sus dos hijos, Childeberto e Ingunda, son manifiestas: «*Regia progenie, praecelsi et mater honoris / undique regnantum cincta decore pio / Gallia cuius habet genus et Hispania fetum / masculus hinc moderans, inde puella regens*»¹¹. Si Venancio Fortunato no tiene reparos en hacer alusiones de este tipo es debido, sin duda, a que la propia reina se habría manifestado feliz con la continuidad del linaje de Atanagildo y ello a pesar de que sus hijos aún no habían tenido descendencia ya que ello aparece en el poema como una posibilidad futura¹².

Posiblemente la aceptación de ese matrimonio pueda ser considerado uno de los mayores errores de cálculo cometidos por Leovigildo en su reinado; sin duda se equivocó al calibrar la lealtad que le dispensaba la *factio Goswinthae* de la que más tarde hablará Juan de Biclario¹³, pero parece segura su casi inmediata percepción de ese error, antes incluso de que la situación se tornara realmente problemática, si pensamos en que al poco tiempo de que esa unión con Austrasia se hubiera producido, Leovigildo considerará conveniente políticamente hablando el enlace de su hijo menor, Recaredo, con Rigunta, la hija de Chilperico de Neustria y Fredegunda¹⁴, significativamente enemigos de

¹¹ Ven. Fort., *App. Carm.* VI, 1-4 (*De Brunechilde regina*), analizado ampliamente por M. Reydellet, *La Royauté dans la littérature latine de Sidoine Apollinaire à Isidore de Séville*, Roma 1981, 300-301. Reydellet fecha el poema en c. 580, pero recientemente J. George, *Venantius Fortunatus: Personal and Political Poems*, Liverpool University Press 1996, 97, n. 1, sostiene que debe ser datado en un momento posterior al «Tratado de Andelot» del 587, y que por ello la princesa franca relacionada con Hispania no es Ingunda sino Clodosinda, la prevista esposa de Recaredo. Sin embargo, la argumentación de George de que Ingunda fue separada de «*her imprisoned husband in about 581*» no puede ser correcta: Hermenegildo fue capturado por su padre y hermano en 584, cuando su rebelión tocó a su fin, cuando fue traicionado por los bizantinos y cuando éstos capturaron a su esposa e hijo, Atanagildo (cf. *infra*).

¹² Ven. Fort., *App. Carm.* VI, 8: «*...et tibi det fructus iste vel ille locus*».

¹³ Juan de Biclario, *Chron.* ad a. 579. 3, en el contexto de la rebelión de Hermenegildo.

¹⁴ Greg. de Tours, *Hist.* VI, 18; a pesar de que en IV, 38 (y lo volverá a hacer en V, 38) ha hablado ya de ese matrimonio de Recaredo como un hecho consumado, sabemos que no sólo no se llevó a cabo sino que las idas y venidas de embajadores acordando la dote entre el Reino Visigodo y el de Neustria se estaban produciendo aún en el

Brunequilda y verosímilmente de su esposa Goswinta, pues recordemos que la muerte de Gailswintha, también hija de Atanagildo y primera esposa de Chilperico, siempre fue imputada a los de Neustria. En nuestra opinión tal matrimonio neustrio-visigodo debe ser visto como el primer intento de Leovigildo de compensar la fuerza que podía estar adquiriendo, nuevamente, el partido que desde siempre apoyaba a Goswinta y que por razones que desconocemos estaría posiblemente empezando a cuestionarle su apoyo¹⁵.

En estos últimos años los autores que han abordado la rebelión de Hermenegildo han incidido sobre la más que activa participación de Goswinta en la misma, presentando la actitud del sublevado príncipe visigodo no como una reacción contraria a la actitud de la reina¹⁶ sino todo lo contrario, esto es obedeciendo precisamente sus indicaciones y acogiéndose a sus postulados, que no serían otros que mantener la primacía de Hermenegildo e Ingunda: la preferencia que últimamente estaría mostrando Leovigildo por su otro hijo, Recaredo, habida cuenta la no heredabilidad de la monarquía visigoda en aquellos momentos, debió poner en peligro el plan que Goswinta y Brunequilda habrían trazado a largo plazo: el volver a tener a un miembro de la familia del

año 584, por lo tanto cuando ya había estallado la rebelión de Hermenegildo (*vid.* Y. Hen, *Culture and Religion in Merovingian Gaul (A. D. 581-751)*, Leiden 1995, 125-127, analizando las características de los acuerdos y negociaciones matrimoniales en el período merovingio). Es preciso tener en cuenta que Gregorio de Tours interrumpe su narración entre los capítulos IV, 32 y 37, para presentar en ellos asuntos concretos relacionados con varios monasterios, sin utilizar en ellos ningún criterio expositivo de carácter cronológico. Cuando retoma la narración en IV, 38, conecta el relato a través de un resumen de la historia visigoda entre 568 y principios de los ochenta para así continuar con la narración cronológica. *Vid.* W. Goffart, *The Narrators of Barbarian History (A. D. 550-800): Jordanes, Gregory of Tours, Bede and Paul the Deacon*, Princeton 1988, 124-125, y n. 56, 183-184 y M. Heinzelmann, *Gregor von Tours (538-594). «Zehn Bücher Geschichte»: Historiographie und Gesellschaftskonzept im 6. Jahrhundert*, Darmstadt 1994, *passim*, con sus respectivos análisis sobre los criterios de Gregorio de Tours al narrar los acontecimientos en orden cronológico.

¹⁵ J. L. Nelson, «À propos des femmes royales», 472, aunque sobre esas razones *cf. infra*.

¹⁶ Greg. de Tours, *Hist.* V, 38, sobre la 'supuesta' querrela religiosa que mantendría con la nieta (*vid.* B. Saitta, «Un momento di disgregazione nel regno visigoto di Spagna: La Rivolta di Ermenegildo», *QCSCMI*, 1979, 81-134 (ahora en *Id.*, *Gregorio di Tours e i Visigoti*, Catania 1996, 68-69).

rey Atanagildo controlando los designios visigodos por ser Ingunda consorte del primogénito de Leovigildo, del que tendría que ser rey¹⁷.

La sucesión de los acontecimientos bélicos y políticos de la rebelión de Hermenegildo es bien conocida así como el desenlace trágico de la misma para los dos instrumentos políticos de las ambiciosas Goswinta y Brunequilda; ciertamente Goswinta fue la que provocó, en primera instancia, el trágico final de su nieta y su hijastro, pero no por las razones de las que nos habla Gregorio de Tours.

A pesar de ese trágico final político y familiar, ambas reinas, madre e hija, no debieron renunciar a sus planes iniciales de lograr que un nuevo miembro de la familia de Atanagildo pudiera gobernar en el Reino Visigodo pues a la catástrofe de Hermenegildo e Ingunda había sobrevivido su pequeño hijo, significativamente bautizado con el nombre del bisabuelo materno, Atanagildo¹⁸; con ese pequeño en sus manos podrían intentar un nuevo asalto al trono visigodo. En esos años, la verdadera articuladora de todo ese plan político –por conveniencia pero también por necesidad– debió ser Brunequilda; su madre Goswinta podría haber caído en desgracia ante los ojos de Leovigildo por su más que probable inicial participación en la intentona de Hermenegildo¹⁹.

Para que el hijo de Hermenegildo e Ingunda, Atanagildo, pudiera ser eficazmente utilizado en los planes visigodos de Brunequilda que hemos comentado sería indispensable contar físicamente con su presencia en la Corte de

¹⁷ L. Vázquez de Parga, *San Hermenegildo ante las fuentes históricas. Discurso leído ante la Real Academia de la Historia*, Madrid 1973, 31; L. A. García Moreno, «La coyuntura política del III Concilio de Toledo. Una Historia larga y tortuosa», *XIV Centenario del III Concilio de Toledo (589-1989)*, Toledo 1989 (1991), 271-306.

¹⁸ L. A. García Moreno, «Genealogía y linaje...», 64-65 e *Id.*, «La Andalucía de San Isidoro de Sevilla», *Actas del II Congreso de Historia de Andalucía*, Córdoba 1991 (1994), 565, exponiendo que ese entronque con la línea materna y, no con la paterna supone una anomalía en el uso onomástico de la nobleza goda; pero esa misma anomalía indica el interés de los rebeldes de entroncarse con la nobleza baltá a través del linaje de Atanagildo. *Vid.* también E. Ewig, «Die Namengebung bei den ältesten Frankenkönigen und im Merowingischen Königshaus», *Francia* 18/1, 1991, 26-46, respecto a las costumbres onomásticas merovingias.

¹⁹ Que Leovigildo decidiera, poco después, fomentar los asesinatos de la hija y nieto de Goswinta, esto es Brunequilda y Childeberto (Greg. de Tours, *Hist.* VIII, 28, sobre los cuales *cf. infra*) habla en nuestra opinión de la desaparición de Goswinta del primer plano político visigodo.

Metz; sin embargo un grave obstáculo se lo impedía: en el trágico desenlace de la rebelión de Hermenegildo, Ingunda y su hijo Atanagildo habían caído en manos imperiales²⁰; la muerte de Ingunda²¹ no impidió sin embargo que a finales del año 584 el pequeño Atanagildo fuera transferido y retenido en la *Urbs Regia*²². En ningún momento el emperador pensó en entregarlo directamente a la abuela pues de lo contrario ese traslado a Constantinopla no hubiera tenido ninguna razón de ser; Mauricio tenía otros planes.

Fueron muchas las ocasiones en las que jóvenes príncipes, en calidad de «rehenes-huéspedes», se vieron obligados a residir en la Corte Imperial, por lo que la retención en Constantinopla del franco-visigodo Atanagildo no es ninguna excepción, como tampoco lo es que esa residencia obligatoria obedeciera a un plan imperial muy determinado: lo que interesaba a ese *partenaire* político del Imperio que era Austrasia se convertía, lógicamente, en objeto de presión del Imperio Bizantino²³. Similares circunstancias pueden comprenderse en el caso del enemigo del Imperio, el Reino Visigodo, pues también allí interesaba el futuro inmediato de Atanagildo.

El pequeño Atanagildo interesaba a visigodos y merovingios por razones políticas y familiares. Fue una joya con la que se encontró súbitamente Mauricio en sus manos; una joya con un doble valor que le podría permitir afirmar sus

²⁰ Greg. Tours, *Hist.* VI, 40; VIII, 28; Fredeg., *Chron.* III, 87, 10-12; Pablo Diácono, *HL* III, 21.

²¹ De acuerdo con Greg. de Tours, *Hist.* VIII, 28, falleció en Africa, pero según Pablo Diácono, *HL* III, 21, este hecho tuvo lugar en Sicilia. Tal disparidad de localizaciones fue analizada por P. Goubert, «Notes Prosopographiques sur la Sicile byzantine à l'époque de l'Empereur Maurice et du Pape Saint Gregoire le Grand», *VIII CIBYZ*, Palermo 1951, 366-367, quien se inclinaba por aceptar el testimonio de Pablo Diácono al considerar que el alejamiento de éste respecto a su fuente habitual, Gregorio de Tours, obedecería a una causa justificada: una información más concreta. Aunque estamos de acuerdo esencialmente con Goubert, remitimos también a W. Goffart, *The Narrators...*, 398, n. 220, quien puntualiza: «these amendments are probably Paul filling out of information in Gregory of Tours, but it is hard to tell why he thought the changes desirable».

²² Pablo Diácono, *HL* III, 21: «...*Filius vero eius imperatori Mauricio Constantino-polim est transmissus*».

²³ Encontramos aquí la puesta en práctica del conocido principio de que *el fin justifica los medios*, siempre válido para la diplomacia bizantina, tal como es puesto de relieve por E. Chrysos, «Byzantine Diplomacy. A. D. 300-800: means and ends», J. Shepard and J. Franklin eds., *Byzantine Diplomacy. Papers from the XXIV Spring Symposium of Byzantine Studies*, Cambridge 1990 (1992), 29-30.

reales en sus posesiones occidentales: Atanagildo podría ser visto como un legítimo pretendiente al trono visigodo, por lo tanto podía ser un útil instrumento para defender los territorios imperiales hispanos ante muy posibles ofensivas visigodas. Pero también era sobrino del rey de Austrasia, Childeberto II, que mediatizado por los nobles antes de su mayoría de edad, se resistía a cumplir su función de instrumento de ayuda al Imperio contra los lombardos²⁴; y era también nieto de Brunequilda, no sólo inspiradora política de su hijo Childeberto sino princesa visigoda y, como nosotros creemos, con ambiciones familiares sobre el trono visigodo.

II. ATANAGILDO COMO REHÉN VISIGODO

El capítulo más breve en el análisis de estas interconexiones políticas es el que nos presenta a Atanagildo como rehén bizantino ante el Reino Visigodo, ya que a pesar de la evidente ventaja que le reportaba tener en sus manos a Atanagildo, no tenemos constancia de que Mauricio hubiera presionado a Leovigildo para obtener provecho de ello²⁵; no obstante sí podemos conocer cuáles debieron ser los temores visigodos.

Que Leovigildo supo calibrar adecuadamente la importancia que su nieto podría jugar en el futuro político inmediato visigodo es patente desde el momento en que Gregorio de Tours refleja los intentos, infructuosos, de Leovigildo de arrebatarse a su nuera y nieto de las manos imperiales²⁶. No escaparía a la sagacidad política de Leovigildo y de Recaredo el daño que podía hacer a sus planes el que la ahora derrotada *factio Goswinthae* aún dispusiera de un elemento con el que legitimar nuevos planes de acceso al trono. No diremos que Leovigildo pretendiera prescindir violentamente de su nuera y nieto, pero nos

²⁴ Vid. *infra*.

²⁵ Como ya hemos indicado en otra ocasión, M. Vallejo Girvés, *Bizancio y la España Tardoantigua*, 211-213, la rápida debacle de Hermenegildo en los momentos finales, provocada por la inhibición imperial, pudo ser causada también por el deseo de los imperiales de tenerlos como rehenes. También W. Goffart, «Byzantine Policy in the West under Tiberius II and Maurice. The Pretenders Hermenegild and Gundovald (579-585)», *Traditio* 13, 1957, 106-107 y D. Claude, «Die diplomatischen Beziehungen zwischen dem Westgotenreich und Ostrom (475-615)», *MIÖG* 104, 1996, 21 y n. 52.

²⁶ Greg. de Tours, *Hist.* VI, 43; aunque sorprendentemente no habla del pequeño Atanagildo hasta *Hist.* VIII, 28 (y sin mencionar su nombre), cabe pensar que estarían ambos en manos bizantinas (*vid.* Pablo Diácono, *HL* III, 21).

parece evidente que la significativa frase de Gregorio de Tours de «*Leuvichildus... uxorem tamen eius a Grecis erepere, NON POTUIT*» refleja un intento del visigodo de recuperar, de tener bajo su custodia a un elemento que podía distorsionar gravemente los planes previstos, más aún si cabe teniendo en cuenta que este niño podía ser instrumentalizado para vengar la muerte de Hermenegildo; una de las que lo podía utilizar, Goswinta, estaría aparentemente controlada, no así Brunequilda, nuevamente en primer plano tras la mayoría de edad de Childeberto alcanzada en 585²⁷. Lamentablemente desconocemos si Mauricio hizo uso de esta ventaja sobre el Reino Visigodo pues las fuentes callan al respecto aunque, como veremos, el posible fallecimiento de Atanagildo en aquellos años explicaría muchas cosas; no anticipemos sin embargo los acontecimientos y veamos cuál fue el carácter de las relaciones entre Constantinopla y Metz mientras el emperador Mauricio retuvo al pequeño Atanagildo en su poder.

III. ATANAGILDO COMO REHÉN MEROVINGIO

Los graves problemas planteados al Imperio por ávaros y persas en los ochenta del siglo VI impedían una respuesta adecuada a las cada vez más atrevidas y demoledoras campañas lombardas sobre la Italia bizantina, sin embargo el deseo de no abandonar completamente a su suerte a esos territorios llevó a Mauricio a buscar una solución por vía indirecta: necesitaba encontrar un agente que dificultara la libertad de movimientos de la que en aquellos momentos disfrutaban los lombardos; este agente no podía ser otro que Austrasia, que desde la época de Justiniano se había visto involucrada, de una u otra forma, en los asuntos itálicos del Imperio²⁸. Veamos cuál fue la evolución de los acontecimientos hasta el momento en que Atanagildo e Ingunda caen en manos imperiales.

²⁷ Vid. *infra*.

²⁸ Ch. Diehl, *Études sur l'Administration Byzantine dans l'Exarchat de Ravenne (568-751)*, París 1888, 205-211; N. Christie, *The Lombards*, Oxford 1995, 86-87, e I. Wood, *The Merovingian Kingdoms*, 167-168, para la colaboración franco-bizantina contra los lombardos. La necesidad de contar con los francos como aliados podría verse incluso en el tratamiento privilegiado que les otorga Agatías en *excursus*, que es perfectamente apreciable atendiendo a la despectiva consideración que tiene hacia otros pueblos ajenos al dominio romano (Agath., *Hist.* I, 2, 1-8); según Av. Cameron, *Agathias*, Oxford 1970, 50, Agatías reduce intencionadamente las diferencias culturales y étnicas entre francos y bizantinos ya que se deseaba contar con ellos como aliados en su política itálica.

Para que Austrasia presionara a los lombardos y que éstos se vieran obligados a diversificar sus campos de actuación y lograr, en consecuencia, que no castigaran tanto al territorio imperial itálico²⁹, Mauricio entregó en el año 582 a la corte de Austrasia 50.000 *solidi*, pero cuando ésta se decidió a entrar en territorio lombardo en cumplimiento del pacto –decisión que no se tomó hasta el año 584– los frutos que el Imperio obtuvo fueron totalmente nulos ya que, poco después, francos y lombardos llegaron a un acuerdo conveniente para ambos³⁰. Las razones que explican dicho acuerdo franco-lombardo nos las transmite Gregorio de Tours: en aquel momento Childeberto preparaba un ejército para entrar en la Península Ibérica con intención de ayudar a Ingunda, su hermana, a retornar a tierras galas tras el fracaso de la intentona de Hermenegildo³¹, por lo que no deseaba tener abierto otro frente de conflicto.

Es el mismo obispo de Tours quien nos indica que poco después de iniciados los preparativos de esa expedición hacia Hispania, Childeberto decidió no atacar al Reino Visigodo. Las posibles razones de tal decisión habría que buscarlas, tal vez, en el hecho de que el merovingio tuvo conocimiento de que su hermana y sobrino habían caído en poder de soldados imperiales, y ser consciente de que Mauricio quería aprovechar ese golpe de suerte para convencerle de que rompiera el pacto con los lombardos y actuara en Italia, pues sus otros intentos anteriores se habían revelado inútiles³².

Efectivamente, tras el pacto franco-lombardo Metz había dado al Imperio la callada por respuesta, según Gregorio de Tours porque se sentía segura en su posición³³; en aquel 584-585 el único daño que el Imperio podía causar a los de Austrasia era el envío de una tropa para recuperar lo invertido y es evidente que la situación militar del Imperio impedía poner en práctica este extremo. Fue por lo tanto un «bien de prestigio» con el que se encontró Mauricio cuando los soldados imperiales destacados en la Península Ibérica capturan a los fa-

²⁹ Greg. de Tours, *Hist.* VI, 42; Pablo Diácono, *HL* III, 17. Vid. Ch. Diehl, *Etudes sur...*, 206 y G. Reverdy, «Les relations de Childebert II et the Byzance», 66.

³⁰ Greg. de Tours, *Hist.* VI, 42; Fredeg., *Chron.* III, 92; Pablo Diácono, *HL* III, 17.

³¹ Greg. de Tours, *Hist.* VI, 42; Pablo Diácono, *HL* III, 21.

³² El Imperio llegó a exigir incluso la devolución de los 50.000 *solidi*. Esta petición es conocida gracias a *Epist. Austr.* 42, dirigida por Mauricio a Childeberto II. El uso por parte de Mauricio de expresiones como *paternus affectus* no impide que el tono del emperador sea de absoluta firmeza (vid. E. Chrysos, «Legal Concepts and Patterns for the Barbarian's Settlement in Roman Soil», *Id.* y A. Schwarz eds., *Das Reich und die Barbaren*, Viena 1989, 14-16).

³³ Greg. de Tours, *Hist.* VI, 42.

miliares directos de aquellos que habían osado 'engañar' al Imperio. Y aparentemente lo supo utilizar en su beneficio.

Pablo Diácono presenta prácticamente como un proceso de causa-efecto el que los rumores del viaje de Ingunda y Atanagildo a Constantinopla fueran seguidos por la nueva partida de la expedición militar de Childeberto a Italia³⁴. El hecho de que Gregorio de Tours hable de que no eran sino comentarios o rumores los que habían dado a conocer que Ingunda –y su hijo– habrían sido llevados a Constantinopla puede ser interpretado como un intento del de Tours de maquillar la presión del emperador sobre el rey de Austrasia³⁵. De todas formas, la rápida respuesta de Metz poniendo en marcha la nueva campaña itálica deja de manifiesto el interés que el monarca y su madre tendrían por recuperar a sus familiares, interés que en nuestra opinión tiene dos vertientes: una sentimental, innegable, la otra política, intuible. Desgraciadamente, y aunque Childeberto envió sus tropas a Italia, el Imperio no quedó en absoluto satisfecho pues los mismos *duces* francos enviados a Italia hicieron fracasar por sus disensiones la segunda expedición contra los lombardos. Es evidente que con ello se frustró el regreso de Ingunda y Atanagildo, al parecer aún en aguas del Mediterráneo Occidental³⁶.

³⁴ Pablo Diácono, *HL* III, 22. Vid. Ch. Diehl, *Etudes sur...*, 207, quien atribuye la iniciativa de la expedición a Childeberto, sin mencionar lo que a nuestro modo de ver es un obvio caso de chantaje. Que la expedición es una reacción ante dicho chantaje lo sostiene G. Reverdy, «Les relations de Chilbert II et the Byzance», 68-70, E. A. Thompson, *Los godos en España*, trad. esp. Madrid 1971, 90-91, y W. Goffart, *The Narrators...*, 396, n. 214 (este último se centra en el carácter que Pablo Diácono otorga a este acontecimiento particular).

³⁵ Greg. de Tours, *Hist.* VIII, 18. S. Teillet, *Des Goths à la Nation Gothique*, París 1984, 411, creemos que acertadamente, ve en la obra de Gregorio de Tours una defensa de la «autonomía» franca frente al Imperio así como una presentación de igual a igual de Childeberto y Mauricio; consideramos que en esta línea expuesta por Teillet está el modo en que el de Tours presenta esta «presión» imperial: enmascarar un hecho cierto cual era el chantaje de Constantinopla a Metz.

³⁶ Una nueva noticia o rumor, esta vez aparentemente más fiable, situaba a Ingunda en Africa (Greg. de Tours, *Hist.* VIII, 21). Su estancia allí obedecería a múltiples razones de idoneidad política e itineraria: 1. El viaje desde Hispania a Constantinopla requería un paso previo por las costas de Africa. 2. En mayor o menor medida, el mando bizantino de Hispania tendría como superior jerárquico al de Cartago, con lo que su estancia en Africa sería pertinente, más aún si pensamos que ya Leovigildo habría intentado arrebatar a Ingunda a los bizantinos (M. Vallejo Girvés, «Byzantine Spain and the African Exarchate: an Administrative Perspective», *JÖB* 49, 1999, 13-23).

Deja muy claro aquí Gregorio de Tours que la responsabilidad del fracaso no es de Childeberto sino de sus *duces*, parte de la nobleza de Austrasia que posiblemente estaba en desacuerdo con esa tácita sumisión al Imperio; pensamos que tal posicionamiento puede verse confirmado con la poca comprensión que Childeberto y especialmente Brunequilda reciben de esos nobles cuando reunidos en el bosque de las Ardenas, la reina, que hasta ahora había permanecido ausente de este conflicto, les hace llegar sus quejas por la suerte de su hija³⁷. Ante el fracaso de la nueva expedición a Italia, Mauricio se habría negado a entregarles a los rehenes, por lo que Brunequilda pudo solicitar que los nobles accedieran a enviar una nueva expedición para contentar a Mauricio. La reacción tan poco comprensiva de los nobles de Austrasia, que por otro lado da a entender una endeble posición de Brunequilda ante ellos³⁸, pudo fundamentarse en varios extremos: 1. Como ya hemos dicho, la negativa de la nobleza a someterse a los designios del Emperador así como a los requerimientos de la propia Brunequilda. 2. Su *reticencia* a convertirse en instrumento de los planes visigodos de Brunequilda si recuperaba a Ingunda y a su hijo³⁹. Parece evidente que en aquellos momentos y a pesar de la mayoría de edad del rey, alcanzada en 585⁴⁰, la nobleza de Austrasia aún estaría en condiciones de imponer ciertas opiniones sobre las del rey y su madre⁴¹.

³⁷ Greg. de Tours, *Hist.* VIII, 21. *Vid.* también I. Wood, *The Merovingian Kingdoms*, 129.

³⁸ *Vid.* J. M. Wallace-Hadrill, *The Long-Haired Kings*, Toronto 1982, 204-205

³⁹ Aspecto ya apuntado por M. Rouche, «Brunehaut, romaine ou wisigothe?», 106.

⁴⁰ En la sociedad franca la mayoría de edad se alcanzaba al cumplir los quince años, tal como ha estudiado E. Ewig, «Studien zur merowingischen Dynastie», *Frühmittelalterliche Studien* 8, 1974, 22-24. Childeberto alcanzó esa edad el 585 y, como veremos, su mayoría de edad produjo algunas transformaciones en la política de Austrasia; un reflejo de los mismos puede verse en el sentimiento de felicidad y optimismo con el que Brunequilda comunica este hecho a la emperatriz (*Epist. Aust.* 44). Esta perspectiva ha sido analizada, entre otros por G. Kurth, «La Reine Brunehaut», 288 y ss; G. Reverdy, «Les relations de Childebert II et de Byzance», 69; J. Nelson, «Queens and Jezabels», 12 e I. Wood, *The Merovingian Kingdoms*, 126-128.

⁴¹ G. Kurth, «La Reine Brunehaut...», 297-299, aunque parece querer indicar que Brunequilda les solicitó tropas para rescatar a su hija de manos imperiales. La «primera victoria» de Brunequilda sobre los notables de su reino tras la mayoría de edad de Childeberto ocurriría poco después de este acontecimiento cuando Greg. de Tours, *Hist.* VIII, 22, comenta cómo Brunequilda, tras la muerte de Wandelino, *nutricius* de Childeberto, consiguió que éste no fuera sustituido por nadie sino por ella misma; *vid.* también M. Reydellet, *La Royauté...*, 303, n. 21 así como J. Nelson, «Queens as Jezabels...», 12.

Pensamos que fue debido a ese poco apoyo que Brunequilda recibió de los nobles, y que le impedía conceder a Mauricio lo que éste exigía para la recuperación del nieto, la razón por la cual la reina –y su hijo– deciden cambiar su política ante el Imperio y prácticamente humillarse enviando una embajada – en el nombre de su hijo y en el de ella misma– a Constantinopla con cartas dirigidas al emperador, a la emperatriz, al hijo recién nacido de estos, Teodosio, y al influyente patriarca de Constantinopla, para suplicar al primero que liberara a Atanagildo y al resto que intercedieran ante el emperador para conseguirlo; esos mismos embajadores llevarían dos cartas dirigidas al pequeño Atanagildo⁴². La embajada, encabezada por Babbo y Grippo, se debe fechar a fines del 585 o principios del 586 ya que la reina anuncia en una de sus cartas la mayoría de edad de Childeberto (*Epist. Austr.* 44).

En ninguna de esas cartas hablan los de Metz de compensar al Imperio por la entrega del niño; únicamente intentan mover a la compasión de sus interlocutores⁴³. En nuestra opinión estas cartas fueron su último recurso para recuperar a su pequeño familiar, habida cuenta de que se veían imposibilitados de cumplir los deseos de Mauricio.

Nada permite dudar del cariño que madre e hijo profesarían al pequeño Atanagildo pero en sus manos sería además un instrumento sumamente útil para las que pensamos que serían las pretensiones de Brunequilda; consideramos que este aspecto es algo que rápidamente pudo comprender Leovigildo pues en ese mismo período de 585-586 reactiva su política franca con muy significativas decisiones.

⁴² *Epist. Austr.* 27-28 (para Atanagildo de Brunequilda y Childeberto respectivamente), 43 (de Childeberto al hijo de Mauricio), 44 (de Brunequilda a la emperatriz), 45 y 47 (de Childeberto al Patriarca de Constantinopla y a Mauricio, respectivamente). *Vid.*, aunque con precaución, el análisis de estas cartas elaborado por P. Goubert, *Byzance avant l'Islam II. Byzance et l'Occident sous les sucesseurs de Justinien I. Byzance et les Francs*, París 1956, 107-140 (y *vid.* también T. C. Lounghis, *Les ambassades byzantines en Occident depuis la fondation des états barbares jusqu'aux croisades (407-1096)*, Atenas 1980, 96-98, siguiendo a Goubert). En la Epístola 45, dirigida a Juan IV «El Ayunador», patriarca de Constantinopla entre 582 y 595, Childeberto hace referencia a una mediación del «*Christi vecarius*»; Goubert en p. 117 consideraba que se trataría de una mediación del Papa, entonces Pelagio II, ante el emperador, pero creemos que esta expresión alude precisamente a la mediación que se solicita al propio Patriarca de Constantinopla.

⁴³ G. Kurth, «La Reine Brunehaut», 299; G. Reverdy, «Les relations de Childebert II et the Byzance», 71-72.

Como ya hemos indicado previamente, Gregorio de Tours en ese mismo 585-586 presenta a Leovigildo como instigador de un doble asesinato que debería llevar a cabo Fredegunda: el objetivo eran precisamente Childeberto y Brunequilda⁴⁴. No consta que hubiera en Metz ninguna intención de llevar inmediatamente la guerra al campo visigodo, algo que por cierto en aquellos momentos sí había puesto en práctica Guntram, el rey burgundio⁴⁵. Pues bien, el destino que aparentemente deseaba Leovigildo para el que le estaba planteando dificultades militares inmediatas no era violento, al menos no por el momento ya que conmina a Fredegunda a que obtenga, a que 'compre' la paz y la tranquilidad de espíritu de Guntram; a buen seguro que consideraba que, como en otras ocasiones, el pago en dinero era un buen recurso. Pero la suerte reservada a los de Metz debía ser otra: la muerte.

Dada la situación que acabamos de analizar, esta drástica decisión de Leovigildo sólo se explica considerando que el rey visigodo debía temer algo peor que una guerra inmediata: Childeberto y Brunequilda estaban solicitando al emperador la devolución de Atanagildo –al que significativamente en las epístolas que le dirigen llaman *rex*⁴⁶–, quien podría ser utilizado para vengar la suerte de sus padres e intentar acceder al trono visigodo. El enemigo interno, Goswinta, estaría aparentemente controlado; el externo, el que quería acoger a su nieto, se le escapaba. Con la muerte de Brunequilda y Childeberto y contando con la actitud ya conocida de la nobleza de Austrasia hacia Brunequilda y pensamos que también ante este mismo asunto, los problemas que le podría causar un casi totalmente huérfano Atanagildo serían prácticamente nulos.

Los planes de Leovigildo no pudieron ponerse en práctica pero posiblemente la baza política de Brunequilda también debió desaparecer en ese 585-586, pues en los últimos meses de su reinado Leovigildo decide enviar embaja-

⁴⁴ Greg. de Tours, *Hist.* VIII, 28.

⁴⁵ Greg. de Tours, *Hist.* VIII, 28 y 30. Actitud del burgundio que se relaciona con la *faida* (vid. J. M. Wallace-Hadrill, *The Long-Haired Kings*, 132-133; M. Rouche, «Brunehaut, romaine ou wisigothe?», 107, y L. A. García Moreno, «Gothic Survivals in the Visigothic...», 10-11).

⁴⁶ L. A. García Moreno, «Genealogía y linaje...», 62; *Id.*, «La Andalucía...», 567, considera que la utilización del término *rex* podría indicar que Hermenegildo asoció a su hijo al trono; actitud ciertamente nada extraña –su propio padre la habría llevado a cabo con él mismo y su hermano– porque demostraría su interés –y el de su suegra y madrastra– por volver a contar en el trono visigodo con algún miembro de la prestigiosa familia balta y, por qué no, por lograr una heredabilidad encubierta de la monarquía.

dores a Childebarto ofreciéndole la paz⁴⁷. Tal petición de paz puede explicarse aceptando que Brunequilda y Childebarto no sólo no habían podido recuperar a Atanagildo sino que éste incluso podría haber fallecido –el silencio epistolar entre Metz y Constantinopla a este respecto e incluso en el poema que Venancio Fortunato dedica en esta época a Brunequilda y Childebarto puede ser interpretado de este modo⁴⁸– y que en consecuencia el peligro para Leovigildo no era tan inmediato. Consta el rechazo de Austrasia a esta propuesta⁴⁹ pero esta actitud se explica por la repulsa que sentirían por aquel que había provocado un final tan trágico para su familia y que además tendría ‘arrinconada’ a Goswinta.

Es también el fallecimiento de Atanagildo el que explicaría que Recaredo, inmediatamente tras la muerte de su padre, comience a acercarse a Metz y que ésta al final consienta en ello. Efectivamente Gregorio de Tours nos dice que Recaredo nada más acceder al trono llega a un pacto o acuerdo con Goswinta⁵⁰; como ya han indicado otros autores, si la primera acción de Recaredo, que se había revelado como un fiel seguidor de la política de su padre, es pactar con Goswinta, con la que ambos parecen haber mantenido muy tensas relaciones, sería debido tanto al hecho de que la reina visigoda aún contaría con partidarios, como más tarde se evidenciará⁵¹, como porque ella era la interlocutora válida que Recaredo necesitaba para iniciar un nuevo acercamiento político con Austrasia, reino al que deseaba presentar varias propuestas⁵².

⁴⁷ Greg. de Tours, *Hist.* VIII, 38.

⁴⁸ Ven. Fort., *Carm.* X, 8, 20-25, datado después del Tratado de Andelot; en dicho poema, Venancio Fortunato únicamente hace mención de Childebarto, sus hijos, su esposa y su otra hija como los únicos familiares de Brunequilda (cf. J. W. George, «Venantius Fortunatus: The End Game», *Eranos* 96, 1998, 37-39). Vid. M. Vallejo Girvés, *Bizancio y la España...*, 311-314 y S. Krautschick, «Die Familie der Könige in Spätantike und Frühmittelalter», E. Chrysos y A. Schwarz eds., *Das Reich und die Barbaren*, Viena 1989, 125 y n. 67-68, rechazando la antigua teoría según la cual Atanagildo no habría muerto sino que habría seguido residiendo en Constantinopla y que su supuesto descendiente, Artabados, habría arribado a la corte visigoda durante el reinado de Chindasvinto. (Cf., F. Winkelmanns et al., *Prosopographie der mittel-byzantinischen Zeit. I. 6481-867. Aaront [#1] - Georgios [#2182]* Berlín-N. York 1999, 202-207, Sub «Artabados».

⁴⁹ Greg. de Tours, *Hist.* VIII, 38.

⁵⁰ Greg. de Tours, *Hist.* IX, 1.

⁵¹ Juan de Biclario, *Chron.* ad a. 589. 1.

⁵² M. Reydellet, *La Royauté...*, 433 y S. Teillet, *Des Goths...*, 382, si bien esta última parece hablar de un acuerdo continuo entre Austrasia y Toledo, olvidando peligrosamente el asunto de Ingunda y el posible «por qué» de ese pacto con Goswinta.

Efectivamente, tras este pacto con Goswinta, Recaredo no sólo solicita la paz con Austrasia sino que pide en matrimonio a la única descendiente de Atanagildo con edad de casarse: Clodosinda, hija de Brunequilda y nieta de Goswinta respectivamente⁵³. La respuesta al interrogante sobre el por qué de esta decisión de Recaredo sería que el matrimonio con otra descendiente de Atanagildo, hechas las paces con su viuda, le reportaría muy posiblemente el apoyo de los que habían sido partidarios de su madrastra, hermano y cuñada; el nuevo rey visigodo contaría así con otros elementos que le permitirían sustentarse mejor en el trono, amén de tener más protegido el flanco pirenaico.

Por otra parte, si Recaredo consigue ese acuerdo con Goswinta y, gracias a ella con Metz, es debido verosímelmente a que ya no contarían con el que considerarían heredero legítimo, Atanagildo, pues habría fallecido en Constantinopla. Pragmáticos políticamente hablando y sin renunciar a su plan de lograr una continuidad en el trono visigodo, se consideró oportuno romper el pactado matrimonio de Clodosinda con el hijo del rey lombardo, Autario, para prometerla a Recaredo⁵⁴. Tan grandes debían ser las ventajas de esa nueva unión franco-visigoda que hicieron todo lo posible para convencer a Guntram de que la aceptara, quien tras el pacto de Andelot de Noviembre de 587 se había erigido no sólo como el cabeza de familia de los descendientes de Clotario sino en el instrumento de la venganza de su familia por la suerte corrida por su sobrina Ingunda⁵⁵. De todas formas, aunque las negociaciones para llevar a cabo esta nueva 'unión' política habían comenzado –los obsequios de Brunequilda a Recaredo así lo evidencian⁵⁶– el proyectado matrimonio no llegó a celebrarse⁵⁷.

IV. EPILOGO

Nos parece evidente que en su preferencia política, Brunequilda nunca olvidó el sur de los Pirineos⁵⁸; a pesar de ser viuda de un monarca merovingio y

⁵³ Greg. de Tours, *Hist.* IX, 16 (cf. E. A. Thompson, *Los godos...*, 111-113).

⁵⁴ Pablo Diácono, *HL* III, 27. Cf. I. Wood, *The Merovingian Kingdoms*, 166.

⁵⁵ Greg. de Tours, *Hist.* IX, 20. Vid. M. Heinzelman, *Gregor von Tours*, 62; G. Kurth, «La Reine Brunehaut», 294-295, para el tratado de Andelot y para la puesta en práctica de la *Faída* por parte de Guntram vid. referencias bibliográficas citadas *supra*.

⁵⁶ Greg. de Tours, *Hist.* IX, 28, y vid. Y. Hen, *Culture and Religion...*, 127.

⁵⁷ E. Ewig, «Die Namengebung...», 58-60, núm. 33.

⁵⁸ Es significativo que Gregorio de Tours cuando comenta asuntos en los que la corte de Austrasia debe relacionarse con la visigoda sitúa como protagonistas, como interlocutores, a madre e hijo, mientras que para el resto de los asuntos la intervención es reservada a Childeberto prácticamente en exclusiva.

madre de otro soberano, no renunció a prolongar su estirpe, la de Atanagildo, en el trono del país al que su padre había llegado tras provocar una guerra civil y perder una parte considerable de territorio ante el Imperio Bizantino⁵⁹. De hecho pudo ser por indicación suya el que en el año 607 su nieto Teodorico solicitara la mano de la hija del visigodo Witerico, abocada por cierto al casi habitual fracaso que había presidido las uniones matrimoniales entre las dos vertientes pirenaicas⁶⁰.

Curiosamente de una u otra forma los dos Atanagildos vieron su vida mediatizada por el Imperio; el primero fue traicionado por los que habían entrado en la Península para ayudarle, viéndose obligado a pasar buena parte de su reinado combatiéndoles; el segundo, su biznieto, también fue maltratado por el Imperio, impidiéndole que creciera junto a su familia y utilizándolo como rehén político ante Austrasia. Sólo fueron doce los años en los que el rey Atanagildo permaneció en el trono, pero su recuerdo y su fuerza política estuvieron presentes durante prácticamente el resto del siglo gracias a sus mujeres, Goswinta en la parte visigoda, Brunequilda en la franca. Ninguna de ellas acabó sus días pacíficamente y sus otros descendientes tuvieron en su mayoría una vida corta y con dificultades: ambas vieron cómo Ingunda moría en África, derrotada, sólo y alejada de su familia; sus esfuerzos por recuperar al pequeño Atanagildo fueron inútiles aunque pensamos que nunca renunciaron a ello, sólo su muerte las debió rendir; Goswinta, tras otro grave enfrentamiento con Recaredo, debió acabar sus días posiblemente suicidándose; Childeberto murió joven en 595, apenas veinticinco años y si hacemos caso a Pablo Diácono, envenenado⁶¹; sus dos hijos Teodeberto y Teoderico, biznietos de Atanagildo, tampoco corrieron mejor suerte y murieron jóvenes. La última suerte de Brunequilda fue horrible, despedazada por un camello. De la familia de Atanagildo únicamente sobrevivirían mujeres, pero sólo son para nosotros nombres sin ninguna relación con el mundo visigodo.

⁵⁹ M. Rouche, «Brunehaut, romaine ou wisigothe?», 105-106. Nos parece muy interesante la propuesta de J. Nelson, «À propos des femmes royales...», 473, al pensar que las reclamaciones «territoriales» que Brunequilda hace a Guntram por la dote de su hermana, acercan más a Austrasia al área visigoda.

⁶⁰ Fredeg., *Chron.* IV, 30 y cf. M. Rouche, «Brunehaut...», 107-108.

⁶¹ Pablo Diácono, *HL* IV, 11.

RESUMEN

Las relaciones políticas entre Austrasia y el Reino Visigodo habían dado como fruto el matrimonio entre una sobrina del rey de Austria, Ingunda, y el hijo del visigodo, Hermenegildo. Tras la rebelión de este último y la retirada del apoyo que el Imperio había dado al pretendiente visigodo, Gregorio de Tours y P. Diacono informan que su esposa, la princesa franco-visigoda Ingonda y su hijo Atanagildo estaban retenidos por los imperiales sin que tuvieran intención de «liberarlos». La presencia de Atanagildo en Constantinopla –ya que Ingonda fallece– es el elemento a analizar para comprender cuál fue el objetivo que el Imperio pretendía lograr.

ABSTRACT

The political relations between Austrasia and the Visigothic kingdom had resulted in the marriage of one of the Austrasian king's nieces, Ingundis, and the Visigothic king's son, Hermenegild. When the latter rebelled and the Empire withdrew its support for him as the Visigothic pretender to the throne, Gregory of Tours and P. Diaconus reported that his wife Ingundis, the Franco-Visigothic princess, and son Athanagild were being held by the Imperial authorities, who had no intention of «freeing» them. Athanagild's presence in Constantinople –since Ingundis dies– must be analyzed in order to understand the Empire's intended objective.